

palaciega digna de acoger a Carlos III cuando desde Los Yébenes buscaba por estas lindes trofeos de caza mayor. Luego escuela infantil y Cuartel de la Benemérita, cuyo lema aún se hace legible sobre un dintel: «*El honor es la divisa del guardia civil*».

El pozo, de labrado brocal y con valor de aljibe, aún deja ver un cristal de agua sobre la que se ven encallados barcos mohosos de madera. Antes de buscar las dependencias superiores, nos congratulamos con los jubilados y honrados estudiantes que acudieron a su antiguo colegio después de cursar estudios superiores en Santa Catalina, Salamanca o en Alcalá, para plasmar en tesoneras letras rojizas sus Vítors sobre los arcos del patio. ¿Cómo recordarían aquella plomiza mañana de octubre en que vinieron por primera vez a este noble recinto desde Gálvez, Navahermosa, Batres o de cualquier casona de Cuerva mientras trazaban las esmeradas letras y símbolos universitarios? ¿Cuánto no les envidiarían los que se iniciaran entonces en los estudios de gramática y en los cifrados del pentagrama?

Sabemos de la feliz ocurrencia y de la indoblegable decisión de don Rodrigo Niño Lasso, conde que fue de Añover y afiliado a la Armada Invencible, de levantar en su pueblo de adopción, un colegio de Clerizones, llamado después Colegio de Gramáticos de San Ildefonso; sabemos también de su entusiasmo para que las obras se concluyeran cuanto antes, y de su inmensa alegría al saberlo acabado después de cuatro años, y de la nostalgia del benefactor al sentirse incapacitado para contemplarlo flamante, pues moría en Mariemot en 1620...

Por todo ello y por los ilustres alumnos que de aquellas aulas salieron, Cuerva jamás debería haber consentido que este emblemático edificio llegara al estado tan ruinoso y deleznable en que se encuentra. ¿Para qué la generosidad de don Rodrigo, que mandó riquezas desde lejanas tierras, que hizo donaciones, que luchó por lo propio en aras de lo común, que se esforzó en mandar hasta aquí reliquias santas desde Holanda, Flandes y Zelanda para evitar que fueran profanadas si ahora debe mendigar una paga extra para reparar en este edificio la acción diezmadora del tiempo? ¿Hablamos de otros corbaches? ¿De Juan de Carrillo, por ejemplo, que le dio jurisdicción y apellido? ¿De Garcilaso padre, de noble y discreto valor? ¿De cualquiera de sus tres hijos el poeta, el comunero o el fraile? ¿De Doña Aldonza, la insaciable benefactora de Cuerva?, ¿De su hijo don Rodrigo Niño? ¿Del patriótico «*capitán coplero*», que



tan mal se avenía con los franceses?...

No hablaremos tampoco del venerable y recio castillo de planta cuadrada y torres circulares, mandado construir por el Rey Sabio, cuna más que probable de Garcilaso y solar en el que hubo de rimar con toda certeza más de cuatro sonetos para la portuguesa Isabel de Freyre. En la carretera de Gálvez, solitario, silencioso, a quinientos pasos de la villa, ahora madura su ruina entre sus propios escombros y restos de la puerca civilización actual. ¡Ni siquiera le dejan agonizar tranquilo! Hasta allí han llegado los garfios humanos -garfios de rapiña voraz- para arañar en sus carnes y llevarse presas de granito sillar hasta sus madrigueras...

Desde lo alto, hemos mirado por los ventanales y la vista se complace con la estampa ancha y encalada de la villa de Cuerva realzada por el índice espiritual de su torre y, sobrevolando su planicie, se detiene en la sierra de Noez esforzada en diseñar la figura cónica de un volcán, y en la torre moruna, las piedras caballerías y la Virgen del Águila, de Ventas, y en el dorso azulado de los Montes de Toledo mientras se afanan en trazar una inmensa circunferencia en el azul de la tarde. Y con la tarde partida, por el pasadizo de Doña Aldonza entramos en el Convento de las Carmelitas, en verdad entusiasmados porque Paco -alma de la ermita de Nuestra Señora del Remedio; pies, ojos y lengua en el mundano mundo de las monjitas de clausura y monaguillo que es desde los nueve años- nos ha asegurado que veremos cosas jamás vistas fuera de su lugar y tiempo.

Un timbre agudo y prolongado anuncia a las monjitas que eran requeridas por Francisco y, al momento, de un torno extrajo una centenaria llave que abrió la capilla. Desde allí pasamos a otro torno interior:

-Madre. Queremos ver el «*lignum crucis*» -dijo a bocajarro.

-¡Francisco!

-Es que he dicho a estos señores... -Pero tú sabes...

-Sí, lo sé. Pero es que... Si ya se lo he dicho. Que sólo sale en la procesión.

-Y hoy no hay procesión, Francisco.

-Si lo sé. ¡No voy a saber yo que hoy no hay procesión, madre! Pero es que...

-¡Por Dios Nuestro Señor, Francisco...! -dijo la voz girando el torno que traía la preciada reliquia.